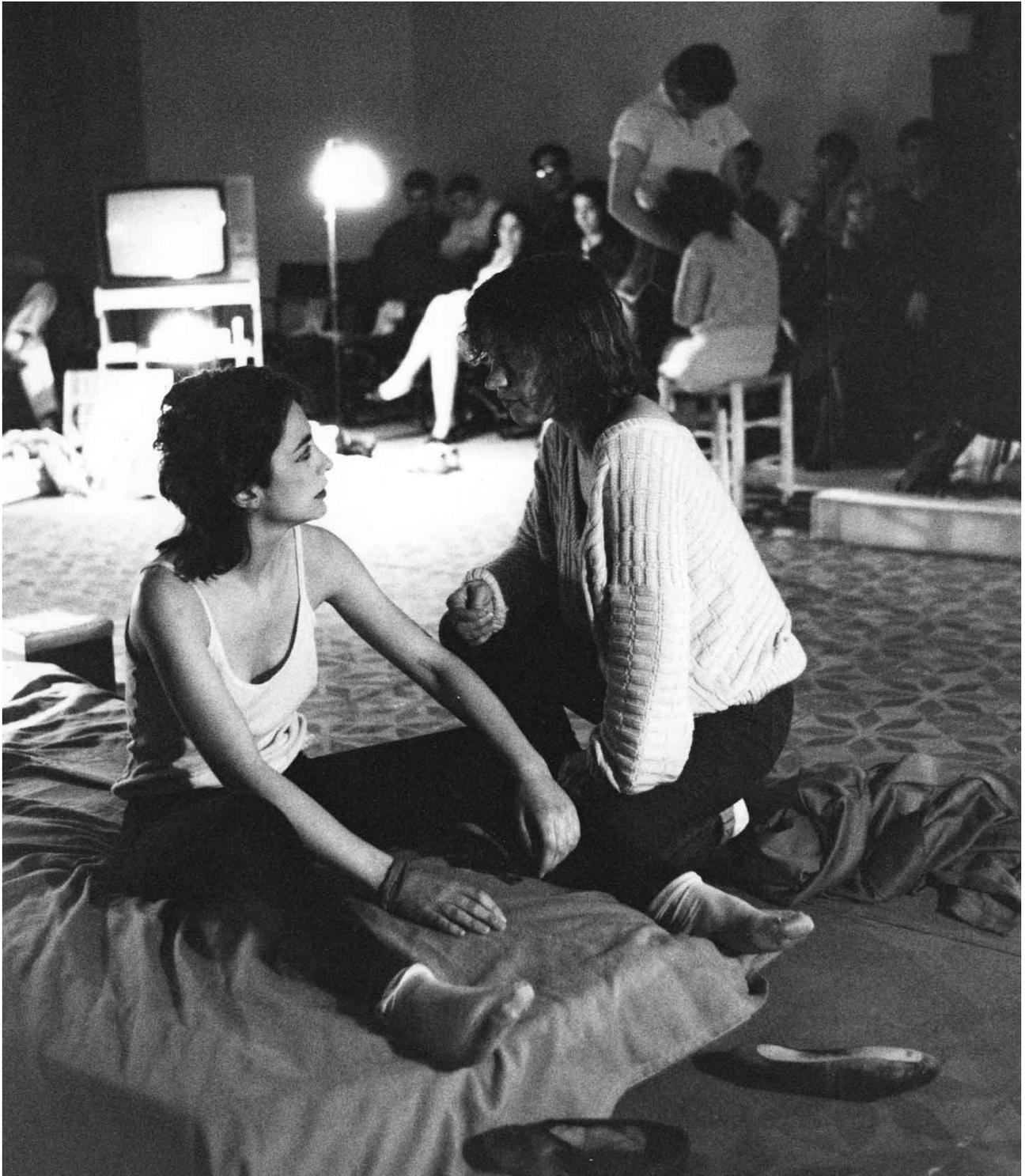


¿DE QUÉ ESCRIBE



Caballito del diablo, de Fermin Cabal. Círculo de Bellas Artes (Madrid), 1985.

¿EN LOS AUTORES?

Cuando me llamaron desde la Asociación de Autores para proponerme escribir este artículo lo primero que vino a mi memoria, una vez que había colgado el teléfono y aceptado el ofrecimiento, fue el título de una película de 1996, dirigida por Joaquín Oristrel: *¿De qué se ríen las mujeres?* Recordaba que, en aquel año, al ir al cine, me pregunté: «¿Cómo todas las mujeres se van a reír de lo mismo? ¡Imposible saberlo!». Ahora, una década más tarde, debo redactar unas líneas acerca de «¿De qué escriben los autores españoles contemporáneos?». Y debo reconocer que mis dudas son las mismas. O peores. A fin de cuentas, no soy mujer, pero sí autor de teatro. ¿Pertener a un gremio te hace más conocedor de sus inquietudes? De lo que tiene que ver con el oficio, problemas laborales, estrenos, derechos de autor, sí, claro, pero... ¿y la inspiración? ¡No tengo ni idea! Pienso en algunos compañeros (y encima amigos) que escriben (y muy bien): Ignacio del Moral, Pedro Villora, Julio Escalada, Antonio Álamo, Borja Ortiz de Gondra, Jesús Campos, Miguel Murillo...

¿De qué van sus obras? ¿Hay alguna inquietud común que pueda englobar a personalidades tan dispares? Y, sobre todo..., ¿hay una conexión entre la realidad que los circunda y los personajes que pululan por sus textos? No estoy para cábalas. Mejor preguntárselo a ellos directamente...

Ronda de llamadas. Y estamos en plena Semana Santa. Mal momento. Este país se ha ido convirtiendo en un estado maravillosamente laico, pero estas fiestas, antaño religiosas, son cada vez más largas y apetecibles para todos. ¡¿Pero qué estamos celebrando?! Habrá que tener resignación (cristiana). Consigo localizar al primer incauto: «Hola, Ignacio, ¿qué tal?... Oye, tú ¿de qué escribes?». Hay un silencio, risita nerviosa al otro lado del hilo telefónico «Buena pregunta..., je, je...», susurra. Creo que piensa que estoy de coña. Me explico. «Es para un artículo... ¿Influyen los temas actuales en tus obras? ¿Te sientes reflejo del momento que vives?». Ignacio, amable como pocos, deja claro que lo que a él le interesa realmente, el gran tema de su teatro, son las relaciones humanas. Él tiende a escribir de la privacidad, del encuentro y desencuentro de personas: «Yo

leo la prensa, recojo noticias, pero no deja de ser una excusa argumental para irme enseguida al ámbito de lo privado. Hace siglos —añade— el aliento del teatro era más épico, recogía grandes momentos históricos, era más una crónica... Quizá eso se ha perdido un poco hoy en día...». Cuelgo, reflexiono. Y sigo hablando con Ignacio aunque él no pueda oírme (tengo esa costumbre, qué le voy a hacer...). «De acuerdo, te interesa lo privado, pero en tus obras has sabido recoger como nadie un abanico de temas actuales: la inmigración en *La mirada del hombre oscuro*, la incapacidad de algunos jóvenes para comunicarse en *La noche del oso*, etc. Sí, Ignacio, el tuyo es un teatro con grandes personajes y con grandes temas, épicos en la dimensión que la épica tiene en una sociedad tan acomodada. Las circunstancias de esta España nuestra están reflejadas perfectamente en tus obras.

Decido no llamar a nadie más. No quiero molestar. Y ahora que lo pienso, si los autores han salido de vacaciones fuera de España, me va a salir carísima la broma. Además, ¿es el creador el más indicado para hablar de su obra? Absolutamente no. La obra

Juan Carlos Rubio



© Daniel Alonso

Hamelin, de Juan Mayorga, dirigida por Andrés Lima e interpretada por la compañía Animalario. Teatro de la Abadía, 2005.

está ahí, es ella la que habla por el autor. Nosotros no tenemos nada más que añadir. Y muchas veces, cuando intentamos explicarnos, la jodemos (dicho mal y pronto).

No soy bueno acumulando datos, ¿qué le voy a hacer? Leo, veo, pero olvido con facilidad (en algunos casos es una ventaja; una misma obra me puede sorprender una, dos, tres veces... Pero cuando se trata de escribir un artículo de este tipo te trae quebraderos de cabeza). A pesar de ello, cierro los ojos y vienen a mi memoria textos de ahora y de hace algunos años que tomaron como base problemas de la sociedad que cada día ocupan páginas de nuestros periódicos: *Caballito del diablo*, de Fermín Cabal, el mundo de la droga; *¡Han matado a Prokopius!*, de Alfonso Sastre, la política en clave policiaca; *El método Gronholm*, de Jordi Galcerán, los despiadados sistemas de selección y competencia entre empleados que rige nuestro mercado laboral; *Hamelin*, de Juan Mayorga, la pederastia; *Electra en Oma*, de Pedro Villora, entra de lleno en el tema de los nacionalismos más radicales; en *Yo Satán*, Antonio Álamo se

atrevió con la madre Iglesia, que no deja de acaparar titulares en su loable defensa de la familia tradicional (entre otras cosas); *Baldosas*, de David Desola, los problemas de los más jóvenes para acceder a una vivienda; *Al menos no es Navidad*, de Carles Alberola, el lugar que los ancianos ocupan en los tiempos que corren; o, por citar uno de los más recientes ejemplos, aún en cartel, *Sí, pero no lo soy*, donde Alfredo Sanzol, para encontrar material dramático, recurre al buscador de Google (mágico elixir del que todos en algún que otro momento bebemos...).

Sí, evidentemente los autores estamos profundamente marcados por la sociedad y el momento histórico con el que nos ha tocado apechugar. No solo por que nuestras obras reflejen tal o cual acontecimiento (también recuerdo ahora los textos homenaje al 11-M o a las víctimas del sida), sino porque nosotros mismos, nuestros principios morales, el prisma desde el que creamos vienen condicionados por lo que hemos visto, sentido..., ¡por lo que hemos mamado, vaya! Cada vez que releo algunos textos

Nuestros principios morales, el prisma desde el que creamos viene condicionado por lo que hemos visto, sentido..., ¡por lo que hemos mamado, vaya!

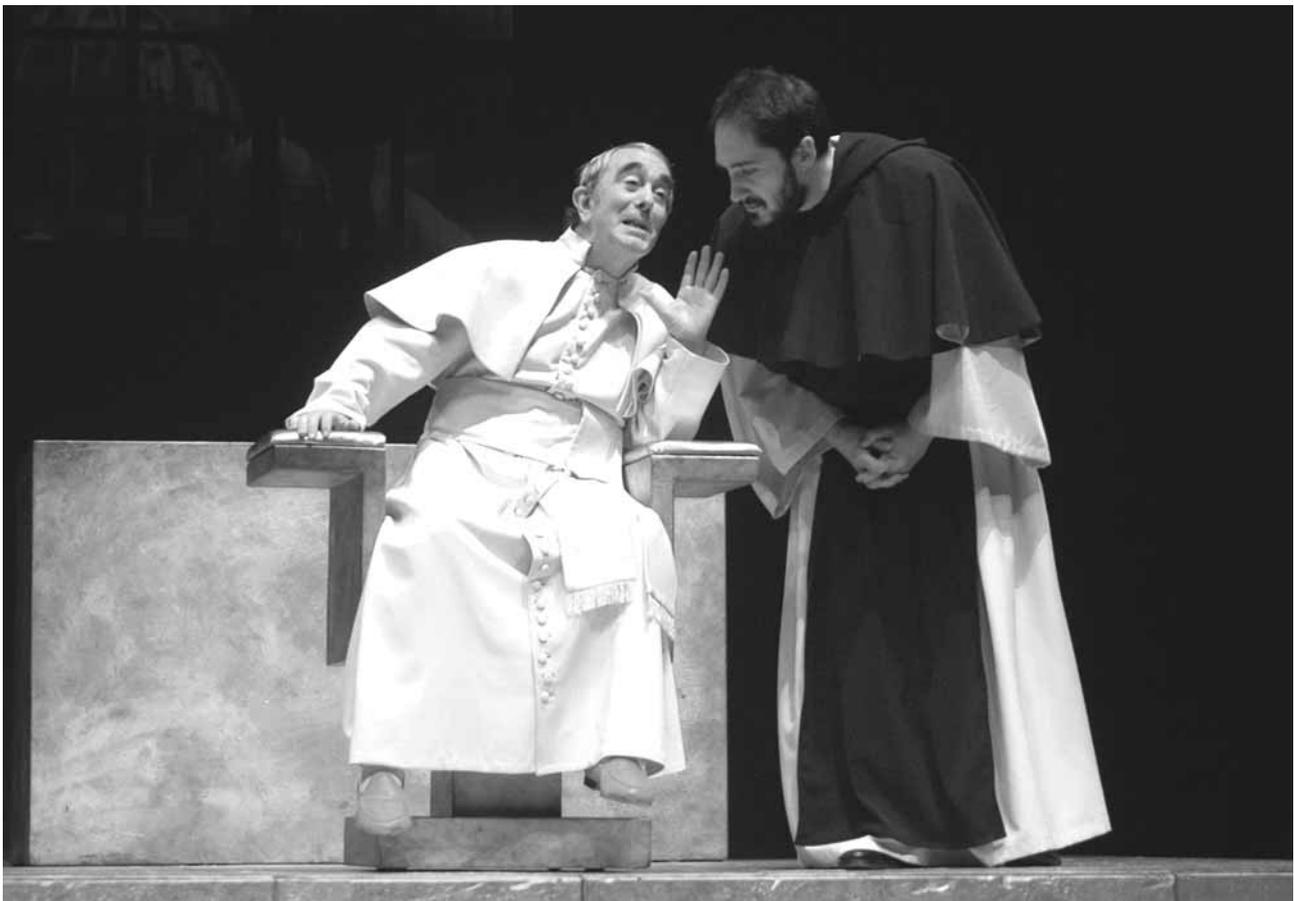
del Siglo de Oro español o asisto a su representación me vuelvo a dar cuenta de que lo que convierte a esos textos en «antiguos» (y no he dicho clásicos) no es la capa y espada, sino la visión que el autor tiene de los grandes temas del momento. Por ejemplo, la honra y la virginidad de la mujer (tan usadas) ha quedado (gracias a Dios) absolutamente traspasadas. Aquellos autores, al igual que nosotros, también escribían de lo que «habían mamado», de su situación histórica, de sus leyes, sus costumbres morales... Nos queda la indudable belleza de sus versos y el poder de algunas historias tan poderosas (*La vida es sueño*, por citar una) que van más allá de épocas o circunstancias. Pero el resto de la producción literaria de ese momento no podría nunca ser considerada «actual» (en sus contenidos). Por más que muchos reivindiquen su vigencia, no, lo siento, yo no se la veo (y no digo que no la tenga, digo que YO NO SE LA VEO).

Pero dejemos el Siglo de Oro y volvamos al tema de este artículo... ¿De qué escriben

los autores de hoy en día?! Pues no lo sé. De lo que no me cabe duda es de que el autor contemporáneo tiene un abanico de posibilidades mucho más amplio que nuestros ilustres antecesores. Los avances sociales, económicos y políticos nos han hecho más libres a la hora de escribir. Aunque muchas veces no la usemos, tener la opción de elegir da fe del buen estado democrático de este país (y, por desgracia, no de todo el planeta, a comienzos del siglo XXI, se puede decir lo mismo).

Miro la cartelera y encuentro una envidiable y variopinta oferta de textos. Algunos vinculados a la realidad más absoluta. Pero, ¡sorpresa!, la mayor parte no están escritos por autores españoles... Claro que eso daría para otro artículo de hermoso enunciado: «¿Por qué no estrenan los autores españoles?». Lanzo la pregunta. Yo no voy a responder. Para mí también es Semana Santa y prefiero irme a ver una procesión. Igual si caigo presa del éxtasis pueda encontrar respuesta a este otro enigma... ■

Los avances sociales,
económicos y políticos
nos han hecho más libres
a la hora de escribir.



© Daniel Alonso

Yo, Satán, de Antonio Álamo, dirigida por Álvaro Lavín e interpretada por la compañía K Producciones. Teatro Bellas Artes, 2005.